

# Andares de una trayectoria dedicada a la investigación-acción.

## Entrevista a Luisa Paré

María Fernanda Pérez Ochoa\*

La amplia trayectoria de Luisa Paré Ouellet destaca, desde sus inicios, por su carácter crítico, su compromiso político y una perspectiva de investigación participativa e interdisciplinaria. Sus trabajos iniciales sobre el caciquismo y las organizaciones campesinas a finales de los sesenta y durante los setenta en el río Balsas, la Sierra Norte de Puebla y el Valle del Mezquital, constituyen una aportación para comprender las realidades agrarias del México de esa época, y se caracterizan por una forma de hacer investigación con las comunidades y organizaciones.

Posteriormente, sus líneas de trabajo se extienden hacia problemáticas ambientales como la defensa y aprovechamiento de los recursos naturales (particularmente el agua y las cuencas hidrológicas), la sustentabilidad, la organización comunitaria y los conflictos socioambientales, abarcando las regiones del Lago de Chapala, la Sierra de Santa Marta, Veracruz y más recientemente Xalapa. Estas investigaciones han tenido como uno de sus resultados, una numerosa producción académica que incluye la coordinación y publicación de libros, capítulos, artículos, documentales y cuadernos de trabajo, que han nutrido su destacada actividad como investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (actualmente jubilada), además de su importante participación activista en diversas organizaciones sociales y movimientos campesinos.

A continuación, presentamos a los lectores el diálogo que sostuvimos con Luisa Paré, en el que abordamos su devenir en la investigación social, su concepción sobre la investigación-acción participativa, la vigencia de los estudios agrarios para la comprensión de los problemas socioambientales en el contexto actual y la incidencia de la investigación en los procesos de organización social.

***¿Cuáles fueron las problemáticas que observó en los contextos campesinos y que orientaron su trabajo hacia los estudios rurales y el tema de las cooperativas agrícolas?***

Las regiones donde trabajé en mis primeras incursiones en campo, inicialmente como aprendiz de arqueóloga entre 1966 y 1968, fueron la región de la desembocadura del río Balsas, entre Michoacán y Guerrero, después en la Sierra Norte de Puebla y posteriormente en los valles de Puebla, en el altiplano central; también cabe mencionar el Valle del Mezquital, en Hidalgo. Estas

\* Programa de Doctorado del Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México (fernandapeoch@gmail.com).

cuatro regiones son muy diferentes, aunque tienen elementos en común: poseen diferentes contextos sociopolíticos, tanto por el cambio de geografía como por la cronología, los cuales recorrí en compañía de distintos personajes que constituyeron influencias para mí, sea en cuanto a corrientes teóricas o en formas de relacionarse con la gente en su trabajo. Es en estas experiencias donde fui observando el contexto campesino, e interviniendo, a la vez que tratando de entender las realidades y fenómenos con los que me enfrentaba y que me marcaron para tomar camino.

Salvo por el caso de la Sierra Norte de Puebla, en tres de los casos que mencioné –Balsas, Puebla Valle y Valle del Mezquital–, existían programas de desarrollo impulsados por diferentes instituciones gubernamentales. En el primer caso, a través de la Comisión del río Balsas –que existió desde 1960-1975–, impulsada por el general Lázaro Cárdenas, quien tenía en sus sueños desarrollistas el aprovechamiento del hierro, se construyeron dos presas sobre el Balsas cerca de la desembocadura del río: la de Infiernillo y la José María Morelos. Éstos fueron los antecedentes remotos de lo que finalmente sería la siderúrgica Lázaro Cárdenas en Melchor Ocampo del Balsas, una pequeña población de 300 habitantes en los años sesenta del siglo pasado. Desde entonces conocí a Roger Bartra, quien estaba haciendo su tesis de maestría en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en aquella época, y con quien iba a trabajar más adelante.

La región era productora de copra,<sup>1</sup> de ajonjolí y de plátano, principalmente. Era una zona mal comunicada con el resto del país y, en consecuencia, los productos muy mal pagados por la concentración del capital comercial en pocas manos; las de los acaparadores. Aunque mi estancia ahí se debía a un trabajo de campo en salvamento arqueológico en la zona que la presa iba a inundar, mis pláticas con los campesinos que cavaban los hoyos de donde salían los tepalcates y ollas funerarias me enseñaban muchas cosas que no había aprendido en la ENAH. Ahí, en campo, escuché por primera vez las palabras “caciques” y “acaparadores”. Los ingenieros que construían la presa, dirigidos por Cuauhtémoc Cárdenas, una vez por semana después de su jornada de trabajo, atendían la escuela secundaria impulsada por la comisión. Esto también fue un aprendizaje importante para mí: el compromiso social los llevaba a atender las carencias básicas. En esta problemática rural destacaba una realidad de contraste que, si bien ya conocía por algunas incursiones en diversas regiones del país, focalizó mi atención en dos temas y mi voluntad de hacer algo para cambiar las cosas. Por un lado, la concentración del poder económico y político, y la injusticia, por el otro. De ahí la aventura de emprender, de organizar una cooperativa de comercialización sin más bagaje que mi indignación, mi buena voluntad y mis ganas de ayudar. Hubo un solo paso, año y medio o dos de trabajo de campo, y una tesis de maestría no sobre el periodo Preclásico o Clásico en la región, sino sobre obstáculos en la organización de una cooperativa agrícola. Me encontré con una serie de dificultades de carácter político ligadas al sistema y al poder, así como a la misma ley de cooperativismo. De ahí que mi tesis fuera llamada “Los endroga-

1. La copra es la pulpa del coco de agua que, una vez secada, es una materia prima importante para la industria oleaginosas.

dos...";<sup>2</sup> porque endrogarse es el mecanismo en el cual el campesino se encuentra en una especie de esclavitud económica con los acaparadores que le prestan dinero.

A pesar de mi inexperiencia, dicha estancia me dio muchos aprendizajes. Así fue como me recibí en el año 1968 haciendo mis caminos, más que en la etnografía o en la antropología, en algo que sería lo que más adelante iba a reconocer como antropología aplicada y después como investigación-acción.

En el caso del Valle de Puebla, por una invitación de una agencia de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), tuve la oportunidad de participar en un estudio sobre la Revolución Verde, en particular sobre el Plan Puebla, que buscaba mejorar la productividad del maíz. Este contexto tenía en común con la primera experiencia el estar en el marco de un programa gubernamental, pero, además, desde la visión de un organismo internacional: el Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT), ubicado en Texcoco.

Al mismo tiempo, como telón de fondo, ocurrían marchas campesinas, luchas por la tierra contra latifundios y por la liberación de luchadores agrarios, de presos políticos. Para entonces, yo tenía una militancia incipiente en la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) que, inicialmente, estuvo ligada al Partido Comunista y donde venían dándose tanto debates teórico-políticos, como diferentes tipos de luchas. En las comunidades donde me tocó trabajar al pie del Iztaccíhuatl, en particular, nuevamente encontraba lo que se me había revelado antes: las desigualdades y los programas que en la estructura social existente favorecen a los más acomodados sin adecuarse a una visión más integral que tome en cuenta las diferencias culturales.

Respecto a los contextos políticos diferentes y a las influencias teóricas e ideológicas, en esta primera etapa diría lo siguiente: en el caso del Balsas, me influyó mi maestro y director de tesis, Rodolfo Stavenhagen, quien era un crítico de los programas gubernamentales que intervienen para atender los desastres y exclusiones que los mismos van provocando. Me interesé en su curso de Sociología rural por la cuestión del reparto agrario y sus limitaciones, y lo que se reflejaría en temas que abordaría posteriormente en el Valle del Mezquital, el carácter multiactividad del campesinado, productor en pequeño, y a la vez jornalero o asalariado agrícola. El proyecto de investigación en el Valle del Mezquital, coordinado por tres investigadores del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, entre ellos Roger Bartra, se enmarcaba, ya en tiempo de Echeverría, en intentos del propio Estado y su partido dominante, el PRI, para modernizar un sistema político fincado en grandes cacicazgos regionales, muchas veces, una prolongación de liderazgos agrarios de la época de don Lázaro. En el Mezquital, la institución que encabezaba estos esfuerzos por subsanar los impactos negativos de los sistemas de dominación y de control con programas de desarrollo, era el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital, liderado por el antropólogo otomí Maurilio Muñoz Basilio.

2. Louise Paré Ouellet (1968). *Los "endrogados": ensayo sobre la organización de una cooperativa agrícola en la región de la desembocadura del río Balsas* (tesis de Licenciatura en Etnología). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Desde una perspectiva política más amplia y una antropología crítica renovada en los años setenta, tanto desde Europa como desde México y Latinoamérica, nos íbamos formando en una perspectiva marxista, buscando cuál podía ser el papel del campesinado, semiproletario o campesino sin tierra en la transformación necesaria y cuál era el papel de nosotros como antropólogos, antropólogas, sociólogos o economistas incluso.

En el caso de la Revolución Verde, la experiencia del Valle de Puebla, mi mirada, de manera intuitiva y desde un posicionamiento antiimperialista –y muy ideológico–, pero sin conocimiento de los cimientos de la agroecología que ya despuntaba en ese tiempo, impulsada por el agrónomo Efraím Hernández Xolocotzi desde Chapingo, ya buscaba las contradicciones principales entre los actores presentes en el campo. Fue así como encontré la subyugación de la riqueza forestal de un ejido en la parte baja del Iztaccíhuatl, por una empresa papelera que recibía la materia prima de cuatro estados alrededor de los volcanes. Mi activismo político incipiente en la CIOAC me encauzó a una especie de trabajo colateral en el periodismo de denuncia, a escribir eventualmente en las revistas de la época como *Punto Crítico*, y a soñar con que hubiera una organización de proveedores de materia prima forestal que se unieran para establecer precios justos. Pronto, el cacique local vetó mi presencia en las asambleas. Todo siguió igual, me centré sobre el tema del maíz y redacté mi informe para la ONU sobre la Revolución Verde en la zona. El cuadernillo publicado en Chapingo titulado *El Plan Puebla: una Revolución verde que está muy verde*, me valió tanto fans como críticos de mis apreciaciones de ese modelo.

Entre 1970 y 1973 tuve la oportunidad, por primera vez, de trabajar en la Sierra Norte de Puebla, región habitada por una población de dos grupos originarios: los nahuas y los totonacos. Es en la Sierra Norte donde me encontré otra vez con el fenómeno del caciquismo. Mi trabajo fue auspiciado por la Universidad de Montreal, Canadá, y por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, donde su director, don Pablo González Casanova, se interesó en mi propuesta de hacer un diseño teórico sobre el estudio del caciquismo. En términos conceptuales, se trata de una estructura de mediación entre el poder central y los poderes regionales, que representa el caciquismo, como un aspecto del colonialismo interno, de acuerdo con el concepto desarrollado por don Pablo, donde prevalece la dominación de una clase que controla el comercio o la tierra sobre los campesinos, comuneros o ejidatarios despojados.<sup>3</sup>

Mi trabajo en la Sierra Norte consistía en dar seguimiento a estudiantes de antropología de la Universidad de Montreal, quienes realizaban el trabajo de campo para sus tesis, dirigidas por el antropólogo Pierre Beaucage, quien ha dedicado su vida a la etnografía de los nahuas de la Sierra Norte, pero no una etnografía clásica, muchas veces extractiva y más descriptiva que reflexiva, sino una co-etnografía. Eso lo logra él a través de un primer Taller de Tradición Oral que representa una reapropiación estructurada del patrimonio cultural de los sujetos que, al hacer

3. Este trabajo fue publicado como Luise Paré (1972). "Diseño teórico para el estudio del caciquismo actual en México". *Revista Mexicana de Sociología*, 34(2), pp. 335-354.

ellos mismos junto con el investigador esa reflexión, dejan de ser objetos de investigación o informantes para alguien que va a escribir sobre ellos. Eso para mí ha influido también en el paso hacia la investigación-acción participativa como método, aunque fue años después que lo pude apreciar. Con Pierre aprendí mucho pero no suficiente. Por ejemplo, a diferencia de él, no me puse como tarea indispensable aprender la lengua de la gente, con la cual uno pretende interactuar de manera prolongada y transformadora.

*Grosso modo*, éstos fueron para mí los contextos, diferentes, pero con elementos en común, y los marcos teórico-ideológicos, metodológicos, que me orientaron. En la ENAH organicé un modesto seminario de la cuestión agraria en el momento de las marchas campesinas de principios de los setenta, una actividad que no estaba en la currícula, sino que nos reuníamos con estudiantes interesados en lo que estaba pasando en el campo en esta coyuntura. Estos contextos desde fines de los sesenta hasta fines de los años setenta me marcaron y encaminaron hacia la investigación-acción participativa.

En mi desarrollo posterior, de la experiencia del Valle del Mezquital a la que me refería, surgirían dos temas fundamentales: el del proletariado agrícola, donde se hace el recuento de las condiciones de los trabajadores agrícolas, tema que iba a ser trabajado a nivel gubernamental por la investigadora Carlota Botey. Stavenhagen y Botey, hasta donde sé, fueron los primeros que hablaron de los jornaleros agrícolas en México, cuando todavía no era un tema de estudio, ni mucho de atención, a pesar de haber grandes antecedentes en el norte del país de sindicatos agrícolas en la época previa a los ejidos colectivos. Otro tema que se fue perfilando y que retomé en la Sierra Norte de Puebla fue el del caciquismo, esa estructura de mediación entre los poderes regionales y los poderes políticos estatales y toda la maquinaria política electoral que hacía funcionar el sistema de la manera como funcionaba.

Para mí, la investigación-acción ha sido, en esos tiempos, investigar a la vez que actuar, sea haciendo denuncias, sea participando con la gente local en acciones para enfrentar una amenaza o un proyecto inconveniente. En el Mezquital hacíamos investigación en el marco de un proyecto académico, mientras en la región de Atencingo, Puebla, además de investigar, estaba la idea de un trabajo organizativo con los cortadores de caña en particular.

El cortador de caña no tiene una organización propia para hacer valer sus derechos porque es el ejidatario, y atrás de él, el ingenio, quienes toman las decisiones que lo afectan. En nuestra interacción con los cortadores buscábamos encontrar las capacidades organizativas en el sector cañero.

Otra faceta del contexto y de la discusión es, desde la academia, qué se espera del investigador o de la investigadora. Hoy en día hay mayor apertura hacia una manera de co-conocer, de co-investigar, incluso, el propio Estado, desde Conacyt, actualmente impulsa estas formas. Yo nunca tuve restricciones en la UNAM, pero esta forma de trabajar no es la común y tampoco todo lo que sucede es algo reportable; hay una serie de actividades y de cuestiones que se traducen en

un video, en un documental y no necesariamente en publicaciones. Por ejemplo, me tocó colaborar en un par de documentales sobre el tema de jornaleros y cortadores. Ésa es también una manera de que los resultados de la investigación no sean solamente para quien va a leer el artículo, sino que pueda tener una incidencia en quien ve su propia realidad reflejada en este tipo de materiales o en que algún programa social busque responder a las carencias presentadas en estos testimonios.

***La investigación-acción participativa ha sido el eje constante de toda su trayectoria, a partir de ello ¿qué diferencias y continuidades encuentra en la manera de hacer investigación participativa de cuando usted comenzó a la actualidad, en términos de las condiciones en campo, así como en el desarrollo metodológico que ha tenido la disciplina?***

En la experiencia vivida en mi primera década como investigadora, comenté mis motivaciones para una forma de trabajar que aún no era investigación-acción, pero que buscaba incidir, dejar algo, participar en la resolución de problemas identificados de cierta manera entre varios, aunque sin una metodología muy precisa. Era más bien una influencia de la corriente norteamericana y sajona de antropología aplicada.

Es así como, de ahí en adelante, para mí, la acción siempre acompañó la investigación, de una manera u otra. En ocasiones se trataba de impulsar o unirnos a procesos organizativos que se estaban dando, como resistencias a algún proyecto. Éste sería el caso de mi prolongada estancia de más de 20 años en la Sierra de Santa Marta, Veracruz, a principios de los noventa, donde desempeñamos una función útil, a mi manera de ver, en unirnos a la oposición en un proyecto de plantación de eucalipto sobre tierras muy fértiles que apenas acababan de ser recuperadas por sus dueños comuneros, después de una expropiación de las mismas. Ahí resulta muy claro cómo la investigación alimentó las razones para no estar de acuerdo con ese proyecto y en donde la gente tiene una resistencia desde su propia identidad, desde el uso del suelo que hace, desde su vida cotidiana. Nuevamente se presentaba la disyuntiva: sólo oponerse o buscar alternativas ante los problemas que los diagnósticos van poniendo al descubierto. Y de ahí siguieron un par de décadas de un proyecto llamado, en un primer momento, Para un Desarrollo sustentable en la Sierra de Santa Marta, Veracruz, iniciado por el proyecto Sierra de Santa Marta y continuado posteriormente tanto por esta organización como por Sendas A. C. (Senderos y Encuentros para un Desarrollo Autónomo Sustentable) en la Sierra de Santa Marta; estuve en la fundación de ambas organizaciones.<sup>4</sup>

4. Este proyecto lo iniciamos junto con dos investigadores de la Universidad de Carleton, Canadá (Jacques Chevalier y Daniel Buckles) y obtuvimos financiamiento del Centro internacional de Investigaciones para el Desarrollo de Canadá. Nuestros primeros contactos en la región se dieron a través del Centro de Estudios Agrarios A.C., ligado a las comunidades eclesiales de base.

Otras veces, esta preocupación por estudios que sirvan a la gente se traduce en devolver la información a los interesados. Por ejemplo, yo he tenido cuidado y he procurado entregar la mayoría de nuestros trabajos publicados a las bibliotecas locales, a los ayuntamientos o a los intelectuales orgánicos locales. Pero aun cumpliendo esa devolución, en la realidad eso no siempre se traduce en acciones concretas o logra incidir de manera positiva en las políticas públicas, aunque sin duda uno se siente con mejor conciencia.

Regresando al periodo en que me interesé por el tema de la Revolución Verde, tuve la oportunidad de viajar a Colombia a conocer experiencias de Revolución Verde en ese país. Esto me puso en contacto con gente influenciada por Orlando Fals Borda, gente que conocía su metodología, la cual aplicó a través de la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social (entre 1970 y 1976). Una suerte de metodología freiriana de investigación-acción, de activismo político, de compromiso social de la academia, para investigar la realidad, para transformarla, es decir; una apuesta por la praxis.

Diría que, por un buen tiempo, en la década de los ochentas, sobre todo, con un fuerte movimiento campesino en auge y en un contexto de represión o por lo menos de intimidaciones, muchas veces esta vinculación con el movimiento buscaba, por un lado, sistematizar colectivamente, reconociendo las distintas vías posibles, por ejemplo, entre la lucha por la tierra y la lucha sindical en el campo, no como posibilidades en contradicción sino complementarias según las condiciones de cada lugar. Esto implicaba buscar distintas plataformas, tipo de eventos, no sólo académicos, sino medios de difusión más populares y, por supuesto, no como propuesta individual sino en el contexto de agrupaciones solidarias con los movimientos campesinos, integrando tanto a académicos como a organizaciones de la sociedad civil. En este contexto, a fines de los setentas y principios de los ochentas, fue muy importante para mí la constitución de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala y la publicación de la revista *Cuadernos Agrarios*, donde compartíamos tanto elementos de carácter teórico como experiencias de Latinoamérica, la problemática del campo en México, incluida la visión de género y cuestiones culturales, aunque menos de lo que podría haber sido.

Llegó la etapa de mi vida en que me desplazé hacia Veracruz e integré de otra manera la problemática ambiental a mis preocupaciones, tanto como tema de reflexión como de acción. Estoy hablando del inicio de los años noventa, un poco antes de la convención sobre la biodiversidad de Río de Janeiro en 1992, lo que iba a ser un parteaguas para muchos y muchas.

Por más de 20 años, y con la cobertura académica del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, impulsamos diversas iniciativas en la Sierra de Santa Marta, en el sur de Veracruz. Los diagnósticos comunitarios o Evaluación Rural Participativa fue una de las herramientas utilizadas para un análisis colectivo de la problemática y para crear un espacio de intercambio para buscar soluciones, a veces desde experiencias locales, otras desde aportes externos provenientes de contextos semejantes. Trabajamos apoyados en promotores locales y, en vez de lle-



var paquetes tecnológicos, impulsamos la experimentación de nuevas prácticas agrícolas. Por ejemplo, frente al problema del empobrecimiento del suelo en las milpas, experimentamos con cultivos de cobertera, incitando a comparar resultados entre un método y otro en diferentes parcelas.<sup>5</sup>

Como principio básico para una metodología de investigación-acción, es importante conocer las expectativas mutuas de actores locales y externos. Las cosas no siempre se dan de manera tan metódica como uno quisiera, sea por los antecedentes, el contexto institucional, la intervención de otros actores y, sobre todo, el deseo de avanzar rápidamente en la solución de problemas.

Retomando la pregunta de cómo ha cambiado mi manera de trabajar con esta metodología de investigación-acción, se puede ver con estos ejemplos. Tuvieron que pasar varias experiencias a nivel local para que me hiciera un cuestionamiento sobre el quehacer de quienes llegamos de fuera al territorio de otra gente.

Ahora veo trabajos de etnografía de muchos intelectuales orgánicos, indígenas de pueblos originarios muy bien preparados, donde ellos están haciendo su propia etnografía, pero una donde van viendo hacia el futuro: ¿Qué es lo que queremos conservar y por qué?, y qué es lo que no queremos aquí en nuestra vida futura. Desde esta claridad es como la colaboración con los investigadores se da, desde el inicio como un proceso consensado, con objetivos definidos por ambas partes y haciendo valer los conocimientos de todos.

Estoy hablando de una vida profesional que aconteció. Ahora, como jubilada, participo en proyectos de investigación transdisciplinaria, en una exploración metodológica donde aprendo mucho de métodos participativos.

**Tomando como punto de referencia dos de sus libros (uno de autoría individual y otro como co-coordinadora): *El proletariado agrícola en México (1977)* y *Gestión para la defensa del agua y el territorio en Xalapa, Veracruz (2018)*, ¿cómo se podría entender la trayectoria que lleva de uno a otro en términos de los puntos en común, las continuidades, rupturas o virajes en sus intereses de estudio?**

Desde mi primera etapa de investigación anterior a *El proletariado agrícola...*,<sup>6</sup> y culminando quizá con esta obra, y posteriormente durante los ocho años de trabajo sobre la temática cañera azucarera, mi trayectoria estuvo marcada por un interés por los mecanismos y formas de sujeción económica y política del campesinado al capital, así como por las estructuras de mediación que facilitan ese proceso de integración y de dominación.

El caso de *El proletariado agrícola...* se ubica en un contexto de interés teórico sobre las clases sociales en México y en el campo en particular, pero no como una discusión teórica *per se*

5. Los *cultivos de cobertura* se refieren a la utilización de una leguminosa silvestre u otras plantas que cultivadas en asociación o relevo con el maíz, crean un acolchado (*mulch*) que funciona como un abono natural.

6. Luisa Paré Ouellet (1977). *El proletariado agrícola en México ¿campesinos sin tierra o proletarios agrícolas?* México: Siglo XXI.



sino relacionada con el papel del campesinado en la transformación social en México, en relación a estos mecanismos de explotación e intermediación.

Más que continuidad, rupturas o virajes, yo hablaría de que, en esos más de veinte años de trabajo de investigación-acción participativa, primero entre 1992 y 2005, y lo equivalente en la región donde vivo desde 2005 a la actualidad, hubo un proceso de aprendizajes, de articulación personal con iniciativas transformadoras que se dan en diferentes contextos, tanto el urbano como el rural. De hecho, en los últimos periodos de mi vida académica activa me interesaba yo mucho por el tema de la relación campo-ciudad, y esto es lo que me metió sobre el camino del tema del agua y en una visión de cuenca hidrológica.

Desde el momento en que dejé los estudios sobre temas cañeros y cortadores de caña, me empecé a interesar por cuestiones ambientales a partir de un estudio en el Lago de Chapala y con pescadores, a mediados de los ochenta. Me interesó no sólo entender las contradicciones entre las actividades agrícolas posibles cuando baja el nivel del lago, y otras actividades como las pesqueras o el abasto de agua para Guadalajara, sino entender la dinámica social y los diferentes actores que pudieran intervenir de manera coordinada para impulsar prácticas sustentables en el aprovechamiento pesquero. Al final, me tuve que contentar con una pequeña monografía sobre los pescadores de Chapala y su lago.<sup>7</sup>

Desde que un niño pequeño, mi hijo, me preguntó, cuando me ausentaba a la hora del cuento para ir a la edición de un documental sobre cortadores de caña, por qué, si yo no era cortadora de caña, dedicaba tanto tiempo a hablar sobre ellos, empecé a cuestionarme sobre mi propio quehacer como investigadora y la legitimidad de aparecerme donde nadie me había llamado. Esta anécdota me marcó: cómo los antropólogos, sociólogos rurales, o muchos científicos de cualquier otra disciplina decidimos investigar tal o cual tema, cómo llegamos a otros territorios donde convivimos y compartimos con otras personas que tienen otra realidad. Luego escribimos sobre su realidad y problemática desde nuestra visión, desde nuestro marco teórico, enfatizando sobre temas de nuestro interés.

Entonces, con ese primer estudio en Chapala en 1985, me fui metiendo cada vez más en la cuestión ambiental. Encontré mi legitimidad en el sentido de que hallamos puntos de interés convergentes si tomamos la Tierra, nuestro planeta, o alguna parte de ella, como referencia común, y nuestras acciones en lo local inciden en lo global, o por lo menos ésa es la utopía que nos guía. Cada quién desde su territorio, sobre todo cuando tenemos puntos concretos de vinculación, como entre los que están río arriba, cuenca arriba, o los que estamos río abajo, cuenca abajo, es decir, con quienes compartimos una realidad. Este sentimiento y toma de conciencia me llevó a investigar y actuar en el territorio propio, el que habito, sentir que nos mueven las mismas inquietudes, las mismas responsabilidades. De esta manera, la comprensión de una región con

7. Luisa Paré (1989). *Los pescadores de Chapala y la defensa de su lago*. Guadalajara: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

sus diferentes ecosistemas, realidades sociales y naturales, se va construyendo de manera colectiva entre diferentes actores, los cuales van planeando las estrategias y acciones necesarias para enfrentar los problemas. Sería mentir si negamos que muchas veces, donde no hay organizaciones fuertes y donde el tejido social ya no es muy fuerte, asumimos liderazgos que no nos corresponden.

Este cambio personal me llevó a otra fase, desde 2007, de impulsar, siempre en equipo, un proyecto de investigación-acción en la subcuenca del río Pixquiac, fuente de agua de la ciudad de Xalapa, la región en donde vivo. Así es que más que una ruptura o viraje, consideraría mis andares como una evolución, con un posicionamiento diferente, donde me siento más cómoda como investigador social-activista interviniendo en el territorio propio, en comunidad con actores con los cuales comparto la problemática de manera situada.

Yo hablo desde la práctica como integrante de un movimiento que muchas veces es contra algo. En ocasiones, nos tuvimos que ir conociendo y uniendo entre diferentes sectores de la población, sectores campesinos, gente que vive en la ciudad o nosotros entre ciudad y campo, para impedir algo irracional, por un lado, e ilegal, por otro, de acuerdo con ordenamientos. Esto deja ciertos aprendizajes, y es en ese contexto que se enmarca el libro *Gestión para la defensa del agua y el territorio en Xalapa, Veracruz*, que reseña esa lucha, nuestra organización en este territorio, muy local, en la zona metropolitana de una ciudad capital, y también se muestra cómo el mismo problema se presenta en otro lugar, pero donde no tuvieron capacidad de resistencia y de enfrentarlo. Nuevamente, como en otros tiempos, en otros territorios, no todo es oponerse, frenar algo: ¿qué se puede hacer en positivo, después de impedir, de obligar a rectificar? Hay una responsabilidad de proponer algo. A lo largo de mi carrera hay muchas cosas que no volvería a hacer de la misma manera, de siempre asumir que me toca a mí y un pequeño grupo de personas buscar la solución. En ese libro, mi papel fue de coordinadora de un esfuerzo colectivo, de los protagonistas por contar sus luchas.

En este recorrido, y regresando al libro del proletariado agrícola, hay partes teóricas, analíticas, descriptivas, de metodología bastante convencional, pero iba acompañado de la intención de llevarlo a foros para visibilizar la problemática de los asalariados agrícolas, mientras que en paralelo a eso se daban las discusiones teóricas entre campesinistas y descampesinistas. Es importante en esta retrospectiva reconocer que, en esta intención de involucrarnos en la solución de problemas, no estamos libres de actitudes paternalistas o asistencialistas, mismas que criticamos en el gobierno pero en las cuales llegamos a caer también. La transformación social viene desde lo local, desde los que enfrentan los problemas y no desde afuera, aunque eso no invalida alianzas y colaboraciones.

En la medida en que se trata de un patrimonio natural y cultural, nuestro objeto de estudio, nuestra preocupación por el entorno, nos toca a todos, cada quien desde su trinchera, desde su cultura, desde el espacio que habita; como decía antes, los campesinos cuenca arriba, nosotros

aquí y las alianzas que resulten. Siempre desde la perspectiva de que nuestra colaboración principal es apoyar a que los diferentes sujetos nos articulemos entre nosotros y que busquemos incrementar nuestra capacidad de interlocución, porque también se llega a dar un aislamiento que cae solamente en la crítica de lo mal que está todo y lo que no se puede o no se debe hacer. Es difícil, pero es imprescindible buscar esa interlocución con los diferentes ámbitos de gobierno. No es un espacio siempre fácil, pero es un área de incidencia muy importante.

***Frente a los virajes disciplinares que van impulsando y relegando el estudio de ciertas temáticas, ¿qué importancia / vigencia tienen los estudios agrarios para la comprensión de las problemáticas socioambientales y la discusión sobre el cambio climático actual?***

Visto en mi trayectoria histórica desde los setenta, trataré de ubicar mi transitar desde lo agrario, hacia un interés predominante por la cuestión socioambiental.

Los estudios agrarios nos remiten, por lo menos a mí, a las épocas previas a la declaración del fin de la Reforma Agraria con las modificaciones al artículo 27 de la Ley Agraria, y al movimiento campesino por la tierra de los años setentas y ochentas, a contrapelo, a partir de fines de los ochentas, de la contrarreforma agraria iniciada por Miguel de la Madrid y desatada con Salinas de Gortari.

El área donde trabajé por más de 40 años en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, la nombramos, en esa época, Área de Estudios Agrarios. A pesar de los cambios legislativos y de la represión de fines de los ochentas, en los noventa, los campesinos de sur a norte y de este a oeste del país reclamaban la tierra. La Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), constituida en 1979, tenía el lema de “Hoy se lucha por la tierra y mañana por el poder”, lema que cambiaría pronto a “Hoy se lucha por la tierra y también por el poder”. La lucha contra el rezago agrario venía dándose desde varios frentes: en Zacatecas, en el Istmo, en Puebla, Veracruz, en Sonora, en Chiapas. Hablar de lucha agraria es hablar de neolatifundismo, de acaparamiento de tierras.

Me preguntan: ¿qué importancia / vigencia tienen los estudios agrarios para la comprensión de las problemáticas socioambientales y la discusión sobre el cambio climático actual? Mi respuesta sería que en la evolución de los conceptos y términos que han dominado la sociología rural, en particular, y la historia de los movimientos campesinos, se han acotado los términos de estructura agraria, clases sociales en sociedades agrarias, luchas agrarias, rezago agrario, lucha contra el neolatifundismo. Siempre la tierra y también el agua, como lo planteaba el Plan de Ayala, restitución de tierras y aguas, estaba en el centro de la reivindicación. Y de ahí la parte burocrática, pero necesaria, de la certificación de los derechos agrarios, de las áreas parceladas para el derecho individual y las áreas en común de los ejidos o de las tierras comunales.

A pesar de la lucha agraria, a lo largo del tiempo se han dado toda clase de simulaciones, desde afuera y desde dentro de los ejidos, dándose formas disfrazadas de enajenación de la tie-

rra por renta o compraventa, hasta que los cambios al artículo 27 abrieron de par en par la puerta al derecho pleno de cada ejidatario sobre su terreno o parcela, lo cual finalmente ha sido un proceso de privatización de lo que antes era una propiedad de carácter social sujeta a decisiones colectivas, hasta cierto punto. Este cambio hacia el derecho pleno va desdibujando la asamblea ejidal y debilitando la capacidad de defender el bien común, no sólo la tierra ya respaldada por una escritura y enajenable, sino el agua y los bienes naturales del territorio en general.

Ahora bien, si vinculamos eso no sólo a la comprensión de los problemas socioambientales y el contexto del cambio climático, vemos que la problemática agraria y la lucha agraria han venido cambiando de carácter desde inicios de este milenio. Los territorios rurales están siendo asediados por el gran capital en todas partes del país: en algunos lugares, por lo que ofrece el subsuelo, minerales principalmente en el noroeste (Sonora) y norte centro (Zacatecas), o porque hay agua e incluso donde no hay, lo cual se resuelve con larguísimos acueductos, trasvases de cuencas, etcétera.

Las comunidades, con el tipo de propiedad agraria que tengan, es decir, pequeña propiedad privada, ejidos o tierras comunales, se han venido organizando para la defensa no sólo de la tierra, sino del territorio. El territorio en el sentido amplio, expresado quizá de otra manera por Zapata pero con la misma intención y visión, el territorio como espacio comunitario que permite la reproducción de la vida, la vida toda: tierra, agua, aire y subsuelo.

Los problemas ambientales originados en los grandes megaproyectos, llámese megaminería tóxica, presas hidroeléctricas, granjas porcícolas, parques eólicos o solares, *fracking*, turismo, desarrollos inmobiliarios, están en la agenda de la lucha ambiental. Todos estos proyectos se insertan en un territorio determinado, ecogeográfico, social y bioculturalmente hablando. A pesar del neoliberalismo que hizo saltar varios candados, muchas comunidades tienen usos y costumbres, códigos agrarios sobre el uso del agua, proyectos de conservación, bosques o selvas útiles, con planes de manejo; no todas, muchas ya no o aun no. Además, el crimen organizado –que quiere ser parte del banquete– suele ser un actor que no tarda en hacerse presente. Se hacen, la mayoría de las veces, ordenamientos territoriales sin consulta real, con impactos y nuevas configuraciones sociales en el tejido comunitario.

Ante eso hay resistencia, desde la defensa de lo que, más allá de la estricta tenencia de la tierra reducida al área formalmente dotada, representa un territorio ancestral con su modo de vida.

Todo esto vuelve a los estudios agrarios más vigentes que nunca, pero no sólo desde la antropología, la sociología o el derecho, es decir, con una perspectiva interdisciplinaria, sino de una manera transdisciplinaria que contempla el diálogo de saberes entre todos los actores con sus respectivos conocimientos y experiencias, diferentes pero todos importantes para construir escenarios de transformación hacia un buen vivir.

***Ha comentado que en muchos casos la investigación no ha tenido una incidencia directa en los procesos organizativos locales, ¿de qué manera considera que hubiera podido tener incidencia? Y, actualmente ¿en qué sentido piensa que la investigación podría incidir en estos procesos?***

El que la investigación-acción participativa tenga o no tenga incidencia depende de muchos factores. Para hacer un balance hay que ver qué entendemos por incidencia, por un lado y, por otro lado, cuál es o era el contexto, qué objetivos tenemos o teníamos. En los más de 20 años en que participé en la Sierra de Santa Marta, Veracruz, se pretendió avanzar hacia una gestión sustentable de los recursos naturales, concepto que me guiaba en aquella época, el desarrollo sustentable y una visión de los recursos naturales como parte de los ecosistemas que aportaban servicios ambientales no sólo a las comunidades sino a la región en general. Este caminar, desde la academia, la UNAM y desde organizaciones de la sociedad civil, pasó por diferentes etapas y por éxitos y fracasos que los unos como los otros dejaron aprendizajes; sobre todo, los errores. Desde un inicio, cuando empezamos con un diagnóstico no trabajamos realmente de manera participativa, sino que caracterizamos la región desde nuestras diversas disciplinas pero, eso sí, de manera interdisciplinaria. Fue al encontrarnos con los problemas, con las propuestas de proyectos no sustentables, como plantaciones comerciales de eucalipto en monocultivo y la producción de maíz alejada de la milpa tradicional, es decir, enmarcada en la visión de la Revolución Verde y sus agrotóxicos y abonos o fertilizantes externos, que conformamos grupos de reflexión con organizaciones locales, promotores de salud, a la vez campesinos y campesinas con espíritu de servicio por su pertenencia a las comunidades eclesiales de base. En este caso, de nuestro trabajo surgió una organización nueva, una red de promotores campesinos que tuvo una vida de ocho años. Aun cuando vemos debilidades en ciertos procesos organizativos locales, no nos corresponde, como investigadores externos, intervenir en este nivel.

Hubo también momentos de investigación más etnográfica y convencional (entrevistas individuales) que no buscan ofrecer soluciones, sino entender la percepción que la gente tiene de su realidad, de su entorno, los cambios con sus aspectos positivos y negativos. Uno de esos fue fruto del trabajo de investigación de mi colega y amiga Elena Lazos, bióloga de formación inicial, que realizó muchos estudios en la región, uno de los cuales dio lugar a nuestro libro *Miradas indígenas sobre una naturaleza "enrhistecida"*.<sup>8</sup> Hubiera sido mejor, quizá, iniciar nuestra estancia con un trabajo de esta naturaleza; académicamente hablando, es probable que este trabajo haya contribuido a la formación de quienes inician en el trabajo de campo para entender mejor las realidades y los cambios posibles.

En este caminar, a diferencia del concepto de transferencia de tecnología, típico de la Revolución Verde y la agricultura industrial, aprendimos a ejercer un método de experimentación,

8. Elena Lazos y Luisa Paré (2000). *Miradas indígenas sobre una naturaleza "enrhistecida". Percepciones sobre el deterioro ambiental entre los nahuas del sur de Veracruz*. México: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM/Plaza y Valdés.

es decir, probar o experimentar prácticas que habían funcionado en otros lugares para recuperar el suelo y compararlas con cómo se venían haciendo las cosas. El tema de la relación objeto-sujeto siempre ha sido un reto conceptual con implicaciones prácticas. Puedo afirmar que en la búsqueda de soluciones factibles, siempre aprendíamos los unos de los otros, campesinos, campesinas e investigadores.

Hasta aquí me he referido a un contexto favorable, cuando podemos establecer objetivos en común con gente que ya viene trabajando desde una perspectiva social y de buscar el bien común. Y más aún cuando en el contexto hay un acontecimiento que atenta contra el territorio, como el mencionado proyecto de plantación de eucalipto impulsado por una empresa extranjera y el gobierno.

La incidencia, regresando a este concepto, a mi manera de ver, se da en dos niveles, o quizá tres. Uno es en frenar o impedir una política pública en curso, de impactos que serían negativos y encontrar un nicho de colaboración en una lucha local. Como científicos, sí se puede apoyar los movimientos sociales, sea a través de cuestiones técnicas, de tipo jurídico, de propiciar diálogos donde todas las voces valen, para divulgar la problemática o las experiencias que nutren a otros, para propiciar intercambios como se hace con la metodología “de campesino a campesino”.

Otro nivel de incidencia es cuando se logra que una semilla sembrada, aunque sea en pocos surcos, germine, es decir, la transformación a nivel de las personas, resultante de un diálogo de saberes, de una apertura a aprender y a experimentar. Por lo general esto coincide con una visión crítica de las políticas existentes.